

CARTA DE NILS HAZARD  
A CATHERINE ROQUE

París, 12 de diciembre de 1990

Querida Catherine, si lees estas líneas es porque habré muerto y el notario te habrá remitido este sobre marrón. Nada parece indicar que vaya a desaparecer prematuramente. A mis treinta y cuatro años, mi salud es excelente, y el puesto que ocupó de profesor de Historia en la Sorbona no está catalogado como una profesión de riesgo. Sin embargo, aquel que sabe está siempre en peligro. Soy la única persona que conoce el nombre de un hombre que mató dos veces y cuyo doble crimen no ha sido castigado.

Los recuerdos más preciosos que tenemos, Catherine, los de nuestros primeros años, los que podrían decirnos quiénes somos y quiénes seremos, se borran de nuestra memoria como la grabación de una banda magnética. Así, un criminal de tres años no se acordará de nada en la edad adulta y podrá

ser considerado inocente incluso por sí mismo. Este no fue mi caso. La banda magnética estaba mal borrada. De mi primera infancia me queda una pesadilla, una pesadilla que, hasta los trece años, me decía obstinadamente: «Eres culpable».

*Un niño está solo en medio de un jardín. Es pequeño, ese niño, demasiado pequeño para dejarlo sin vigilancia. En la alameda, al final del jardín, hay un coche rojo aparcado. Un coche deportivo de color rojo sangre. El capó está abierto. Desde donde está el niño, se ven las dos piernas y los dos pies de un hombre cuyo torso es engullido por la boca abierta del coche. Entonces, oye el crujir de unos pasos sobre la grava, tan claramente como si fuera un efecto sonoro. El niño se vuelve.*

*—Adiós —dice la mujer—, no tardaremos en volver...*

*—Date prisa, Menthe —dice el hombre—. Eso son tonterías.*

*Si el hombre hubiera dicho: «Está un poco triste», o, incluso: «Está enfadado», ¿hubiera hablado el niño? Porque tiene algo que decir, algo importante. Oye que se cierran dos puertas. El coche rojo se aleja, y al niño le parece que el corazón se le ha vaciado de sangre. «No llores —dice una voz en off—, volverán mañana».*

—¡Abuelo!

Eso gritaba al salir de esa pesadilla. Y, entonces, una vieja entraba en mi habitación y encendía brutalmente la luz:

—¡Cállate! Sabes que tu abuelo está enfermo del corazón. Mira que darle estos sustos en plena noche...

Me secaba con la sábana las manos mojadas y trataba de explicarme:

—Tengo que decirlo. Si no lo digo...

—¿Si no dices qué?

Un momento antes, yo sabía lo que tenía que decir. Pero ahora, cuando alguien me preguntaba, las palabras se deshacían en mi lengua.

—Tengo que decirle al hombre...

—¿A qué hombre?

Había visto su cara, su nariz, su boca, sus ojos. Él había dicho: «Date prisa, Menthe...». Yo le había mirado fijamente; ¡le había RECONOCIDO! Ahora, sin embargo, ni siquiera era capaz de decir si era joven o viejo. Creía que le tenía presente aún en la memoria y podía describirle:

—Un hombre... mayor.

¿O, quizás, le parecía mayor al niño? Sacudía la cabeza:

—No, nada.

A medida que crecía, perdí la costumbre de gritar después de esa pesadilla. Ahogaba el grito mordiendo la almohada. A los trece años, se me ocurrió dormir con un lápiz y un papel a mano, para apuntar enseguida todo lo que recordara. En lugar de temer el regreso de esa pesadilla, acabé por desearlo. En unos dos meses, más o menos, la reconstruí, como acabo de hacer ahora. Pero por más que me sometía a todas las torturas mentales posibles, no conseguía rellenar los huecos. Eso sí, estaba seguro de que un segundo antes de despertar, SABÍA.

Si hubiera vivido en una casa corriente, seguramente esa pesadilla se hubiera disipado con los años o me hubieran llevado al médico. Pero mi única compañía eran un viejo y su mujer, mi abuelo y su segunda esposa —la primera, Lucile Hazard, había muerto durante la deportación. Esa segunda esposa, Marthe, hablaba de mi abuelo como de un moribundo. Sin embargo, él caminaba a buen paso, aunque se ayudaba de un bastón con el que golpeaba enérgicamente el suelo, toc, toc. El pelo gris y rizado le caía por la espalda y llevaba siempre un traje de terciopelo negro con chaleco. Todo aquello le daba un aire de *artista* un tanto desfado.

Mi abuelo me llamaba Nils. Supongo que porque ese era mi nombre. Nils Hazard, huérfano de madre y de padre desconocido. Me lo habían dicho sin rodeos:

—De tu padre no se sabe nada. Tu madre murió durante el parto.

Cualquier niño hubiera preguntado: ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿por qué? Yo no pregunté nada. Había un cierto rechazo en la voz de mi abuelo cuando se dirigía a mí. No era del todo malo. Accedía fácilmente a mis deseos. Por ejemplo, cuando le hablé de aprender música...

—Muy bien —me dijo—. El piano.

—Preferiría un instrumento de cuerda —respondí, contento de verle tan bien dispuesto—. Por ejemplo, el vio...

—¡Jamás! —aulló.

—¡Tu corazón! —exclamó Marthe, con un tono de terror exagerado.

Mi abuelo se sentó haciendo una mueca:

—Jamás —repitió—. El vio... los instrumentos de cuerda son insoportables en manos de un principiante.

Así que acepté dar clases de piano, diciéndome que siempre estaría a tiempo de aprender a tocar también el violín. Si mi historia se hubiera desa-

rrollado de otra manera, seguramente me habría convertido en un pianista excelente. Mis progresos eran asombrosos, según decía mi profesor, que quiso felicitar a mi abuelo:

–Debe de llevarlo en la sangre –sugirió, amablemente.

–Desde luego que no –respondió mi abuelo, como si le hubieran ofendido.

Marthe no apreciaba en absoluto mi talento y decía que mis escalas le martilleaban la cabeza.

–Así se entretiene –decía mi abuelo–. Mientras toca, no hace tonterías.

Eran las palabras de un viejo chocho. ¿Por qué entendía yo otra cosa? El odio de quienes me rodeaban penetraba en mis venas como si me realizaran una transfusión. Culpable, sabía que lo era. Pero ¿de qué?

Vivíamos en el barrio de Marais, en la calle Beaufort. Nuestro irregular alojamiento estaba compuesto por dos estrechos apartamentos unidos por una escalera de caracol. Mi abuelo y su mujer vivían en el quinto piso; yo, en el sexto. Era lo que correspondía a mi situación: era una especie de inquilino dentro de mi propia familia. En el piso

de abajo vivía una pareja de artesanos, los Farjol. Ella cosía trajes de bautismo; él cortaba capas. No recuerdo con precisión la cara de la mujer que, sin embargo, subía todas las tardes a charlar con Marthe. Pero sé que el marido se llamaba André, André Farjol. La memoria tiene una mecánica caprichosa, Catherine, sigue sus propias leyes. Si el hombre se hubiera llamado Michel, no lo recordaría.

En el piso de arriba no vivía nadie, pero la escalera subía unos cuantos escalones más y después giraba bruscamente. No tardé en saciar mi curiosidad: en el rellano de arriba había una puerta cerrada con candado.

—El desván —me dijo el abuelo, con el tono definitivo que usaba para hacerme callar.

Muchas de las historias que se cuentan a los niños no existirían si no hubiera una puerta cerrada. Aquella puerta hacía trabajar mi imaginación.

Cuando tenía trece años, una noche que intentaba, a la luz de una linterna, reconstruir la pesadilla que acababa de tener, me pareció oír un ruido que provenía del piso de arriba. Me fue difícil de localizar, porque el ruido se desplazaba.

Me acordé de un juego al que jugaba cuando tenía seis o siete años. El suelo de nuestro apartamento estaba muy inclinado, y, si ponía una bola

de acero en una esquina de mi habitación, rodaba hasta la otra esquina. Rrrr. Lo que oía era el ruido de una bola. Me incorporé en la cama. El ruido cesó. Volví a tumbarme. Rrrr. La bola rodó. A pesar del miedo que me inspiraba la palabra *desván* y la visión del enorme candado, esa noche tomé una decisión. Cruzaría la puerta. Algo me llamaba desde allí dentro, o quizás alguien, porque la bola no podía rodar sola. Me dediqué, desde entonces, a estudiar todos los ruidos que procedían del desván. No sabes, si no los has escuchado, todos los ruidos y murmullos que esconde la noche, mucho más poblada que el día para quien no duerme. Mi habitación se llenaba de formas, de seres que me espantaban y que por la mañana resultaban ser solamente cortinas, ropa o libros apilados. Pero nunca volví a oír rodar la bola de acero.

Mi abuelo llevaba una llave colgada del cuello. Yo la había visto alguna vez, escapándosele de la camiseta interior cuando acababa de asearse y aún no se había puesto la camisa. La llevaba colgada de un simple cordel. Un tijeretazo bastaría. Y yo tenía unas tijeras en mi vieja cartera de colegial.

Así, me encontré una noche a los pies de la cama en la que dormían Marthe y su marido. Las luces de la calle se filtraban a través de la persiana

y me permitían ver a aquellos dos viejos tumbados el uno junto al otro, inmóviles como estatuas. «Están muertos», pensé estúpidamente. Un suspiro se escapó de los labios de mi abuelo. Ni muertos ni vivos, pensé, sino atrapados en un sueño. Mi abuelo sueña que un asesino se acerca a su cama, blandiendo unas tijeras abominables. El asesino contempla la garganta de su víctima y... bajé suavemente la mano. La vida de mi abuelo estaba allí, pendiendo de un hilo; la mía estaba encerrada bajo llave. Acerqué de nuevo las tijeras. Marthe se despertó la primera y lanzó un grito de pájaro. Mi abuelo me miró con miedo. Los dos daban pena.

—¡Monstruo! —gritó Marthe—. ¡Monstruo!

Por supuesto, no debería haber cogido las tijeras afiladas del costurero. Pero no había encontrado mis viejas tijeras de puntas redondeadas. Quería decirle a mi abuelo que solo buscaba la llave y, mientras buscaba las palabras, miraba su cuello y la sangre que le latía en la vena yugular.

—Monstruo —sollozaba Marthe.

Tendría que haber dicho algo, era necesario, pero las palabras perdían toda consistencia en mi lengua. Volví a encontrarme en mi habitación sin haber podido hablar. Como el niño de la pesadilla, Catherine, y culpable como él.